

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, en Barcelona, cuyo tránsito se celebra el día 7 de enero. (*Véase su vida en las de este día.*)

SANTA EMERENCIANA, virgen y mártir, en Roma, la cual antes de recibir el bautismo fué apedreada por los paganos, estando haciendo oracion junto al sepulcro de Sta. Inés, cuya hermana de leche era.

SAN PARMENAS, en Philipos de Macedonia, uno de los siete primeros diáconos: el cual habiendo cumplido y desempeñado exactamente con la gracia de Dios el cargo de predicar que le habian cometido sus hermanos, consiguió la gloria del martirio en tiempo de Trajano.

LOS SANTOS MÁRTIRES SEVERIANO, Y ÁQUILA, su mujer, en Cesarea de Berberia, que fueron quemados.

SAN ASCLAS, mártir, en Antios, ciudad de Egipto, que despues de varios tormentos entregó su preciosa alma á Dios habiendole ahogado en un río.

SAN CLEMENTE, obispo, en Ancira, ciudad de Galacia, el cual habiendo sido atormentado diferentes veces, consumó el martirio en tiempo de Diocleciano.

SAN AGATANGELO, tambien en Ancira de Galacia, martirizado el mismo día por mandato del presidente Lucio.

SAN JUAN EL LIMOSNERO, en Alejandria, obispo de la misma ciudad, varon famosísimo por su inagotable caridad con los pobres.

SAN ILDEFONSO, obispo, en Toledo, quien por la maravillosa integridad de su vida, y porque defendió la pureza de la Virgen Maria contra los herejes que la impugnaban, mereció que la misma Señora le diese una blanquísima vestidura; y esclarecido últimamente en santidad fué llamado al cielo. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN MÁRTIR, monge, en la provincia de Valeria en Campaña de Roma, de quien hace mencion S. Gregorio papa.

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT.

Nació S. Raimundo de Peñafort el año de 1175, en el casti-
llo de este nombre en el Principado de Cataluña, siendo sus
padres señores del mismo castillo, y aliados de los Reyes de
Aragon. Criáronle con el cuidado correspondiente: y habiéndole
aplicado al estudio de las ciencias naturales, como estaba dotado
de un excelente ingenio, hizo en poco tiempo tantos progresos,
que enseñó públicamente filosofia en Barcelona, con tanto aplau-
so, como feliz suceso. Aplicóse despues al estudio de las leyes;
y para perfeccionarse en ellas, pasó á la universidad de Bolo-
nia, donde luego se hizo admirar: y recibiendo el grado de Doc-



S. RAYMUNDO DE PEÑAFORT.

tor en ambos derechos, habiendo vacado una cátedra de maestro, fué provisto en ella con general aceptación.

Causaba admiración su ingenio, pero mayor su desinterés, y su vida ejemplar, porque no quiso admitir la renta que señaló la ciudad, sino para repartirla entre los pobres, no teniendo en sus estudios otros fines que puramente el de la caridad.

Al volver de Roma D. Berenguel, Obispo de Barcelona, pasó por Bolonia para ver á Raimundo, su diocesano, de quien oía hablar en toda Italia con tanto elogio y con tanta estimación. Conoció luego que un sugeto de aquel mérito podía ser de suma utilidad á su iglesia. Por lo que proveyó en él un canonicato, y despues una de las primeras prebendas de la catedral; la que se aprovechó bien de lo mucho que acababa de perder la universidad de Bolonia. Desde luego se dejaron admirar el extraordinario mérito, y la no menos extraordinaria piedad de Raimundo. Su caridad con los pobres, su amor al retiro, su asistencia al coro, su recogimiento interior y su modestia hicieron impresion en los ánimos, y en los corazones, de manera, que en poco tiempo se reconoció visiblemente la reforma del Cabildo.

Profesó siempre una tierna devoción á la santísima Virgen, animado de un deseo ardiente de estender su culto, y de inspirar la misma piedad en los corazones de todos. Reparando que la fiesta de la Anunciación se celebraba con poca solemnidad en Barcelona, obtuvo que se hiciese el oficio con mayor celebridad; y dejó una fundación para que fuese esta fiesta una de las mas solemnes.

Solo pensaba Raimundo en santificarse cada dia mas y mas por medio de los ejercicios de devoción, y de penitencia, cuando se sintió llamado á estado mas perfecto. Valióse Dios para su vocación del escrúpulo que se le escitó, por haber quitado á un pariente suyo la que tenia de entrar en la religion de Sto. Domingo, con el pretexto de que toda novedad es sospechosa. Tomó el hábito de la misma religion en Barcelona en dia de viernes santo del año de 1222, cerca de ocho meses despues de haber muerto el santo fundador y patriarca.

Con el nuevo estado renovó estrañamente su fervor. Ningun novicio le hizo ventajas en correr apresurado por el camino de la perfección; ninguno le escedió en los esmeros de una humildad profunda, ni en la exactitud de la regular observancia.

Muy á los principios de su noviciado pidió con instancia á los superiores que le diesen una severa penitencia por las vanas complacencias que habia tenido cuando oía los aplausos con que ce-

lebraba el mundo su magisterio. Consintió en ello el provincial, y le mandó que en penitencia compusiese una suma de moral: y es la que corre hoy con nombre de la suma de Raimundo, siendo la primera que salió á la luz en esta materia.

La generosidad con que un hombre tan distinguido por su nacimiento, por su ingenio, y por su dignidad, tan admirable por su virtud, tan respetable por sus raros talentos, y por su sabiduría habia dejado el mundo, para vivir humilde, y desconocido en el estado religioso, le hizo mucho mas célebre por todo el universo, y de todas partes concurrían á consultarle como á oráculo.

Escogióle Dios para contribuir mas que ningun otro á la fundación de una nueva orden, célebre en la Iglesia católica por su instituto de redención de cautivos, con el título de nuestra Señora de la Merced. Una maravillosa vision, que en una misma noche tuvieron Jaime Rey de Aragon, S. Pedro Nolasco y nuestro Raimundo, unió el celo de todos tres, para promover este sagrado instituto. S. Pedro Nolasco fué el fundador, el Rey de Aragon el apoyo, y Raimundo fué como el alma de esta grande empresa, que tuvo despues tan asombrosos sucesos.

Por éste tiempo vino á España á publicar la Cruzada contra los Moros el Cardenal Juan de Abbevilla, obispo de Sabina, y legado de la Santa Sede. Parecióle al Cardenal que no desempeñaria bien su legacia, si S. Raimundo, tan poderoso en obras como en palabras, no le ayudaba con sus consejos, y con su santo celo. Predicó la Cruzada con tanto espíritu y con tanta felicidad, que el legado le atribuía principalmente, y con mucha razon, las grandes ventajas que las armas cristianas consiguieron de los infieles. Vuelto á Roma el Cardenal, dijo tantas maravillas de S. Raimundo, que el Papa Gregorio IX le llamó para que asistiese cerca de su persona: hizole su capellan, escogióle por su confesor, y le nombró por Penitenciario mayor de la santa Iglesia de Roma. Despues que experimentó su rara capacidad, le mandó compilar todas las Decretales ó Constituciones Pontificias de sus predecesores, con los decretos de los Concilios. Esta coleccion de las Decretales en cinco libros, hecha por S. Raimundo, es la mas autorizada; y la mas generalmente recibida en todas las universidades.

Ni las grandes ocupaciones, ni los continuos estudios alteraron nunca su piedad, ni mucho menos se dispensó por eso en los ejercicios de la vida religiosa. Instóle el Papa para que aceptase el Arzobispado de Tarragona, y otras dignidades eclesiásticas, con que le brindó: pero todo fué en vano; porque fué tan

invencible su resistencia, como su humildad. Y habiendo juzgado los médicos que le convenia restituirse á Cataluña, para reparar la salud, se volvió á su convento de Barcelona como un fraile particular, sin beneficio, sin título, sin pension, considerándose en todo como el menor de sus hermanos.

La enfermedad que le obligó á retirarse de Roma, se la habian causado sus escesivas penitencias; pero apenas recobró la salud cuando volvió á ellas con mayor fervor. Comia una sola vez al dia; todas las noches tomaba una áspera disciplina; eran extraordinarias sus vigiliás, su oracion continua, su mortificación severa; pero únicamente para él, porque para los demás era suavisimo, siendo la dulzura de Jesucristo el modelo de la suya. Sin dejarse llevar de indignas, ó de cobardes complacencias, sabia perfectamente el arte de ganar los pecadores, sin dar cuartel al pecado.

Gozaba Raimundo tranquilamente el dulce sosiego de la vida privada, retirado en su convento de Barcelona, cuando en el año de 1238, muy contra su voluntad, fué electo General de toda la orden en lugar de Luis Jordan, que habia sucedido á Sto. Domingo. Cualquiera otro corazón menos humilde que el de Raimundo, pudiera dejarse lisonjear de un empleo de tanta distincion; y no faltarian razones al amor propio para juzgar conveniente á la mayor gloria de Dios, y al mayor bien de la religion el mantenerse en él: pero eran muy despejadas las luces, muy sólidos y muy espirituales los dictámenes de Raimundo para que le hiciesen fuerza estos pretestos, desviándose de su fin, que era aspirar á la mayor perfeccion. Despues que visitó á pie todas las provincias de la orden renovando en los corazones de sus súbditos el primitivo fervor, renunció el Generalato.

Mas no por eso logró tampoco esta segunda vez por mucho tiempo el descanso del retiro de la vida particular. Los Papas Celestino VI, Inocencio VI, Alejandro, Urbano y Clemente descargaron en él gran parte del peso de sus cuidados, y de las penosas fatigas de la santa Sede. A tantas ocupaciones importantes se añadieron las que le encomendaba el Rey de Aragon, que le habia escogido por su confesor, y frecuentemente le empleaba en diferentes legacias. Bendijo Dios tan extraordinariamente el celo de su fiel siervo, dándole tanta gracia para la conversion de los moros y de los judíos, esparcidos en toda España por aquel tiempo, que en pocos meses convirtió mas de diez mil.

Tenia el Rey una entera confianza en su confesor, y le hizo venir á Mallorca, donde á la sazón se hallaba la Corte. Allí se continuó la conversion de los judíos y de los moros. Pero habien-

do llegado á entender que habia en la Corte cierta dama , con quien se sospechaba que el Rey tenia un algun ilícito comercio, tomó la libertad de representarle con respeto , y de suplicarle con instancia que se sirviese separarla. Como vió que proseguia el escándalo, y que el Monarca le iba entreteniendo con vanas palabras , creyó que estaba obligado á pedir licencia para retirarse ; y habiéndosela negado , él se la tomó.

Fué al puerto para embarcarse ; pero se le dijo que habia órden del Rey para que, pena de la vida, ninguno le pasase. Entonces lleno el Santo de una gran confianza en el Señor , hizo la señal de la cruz, estendió su capa sobre el agua ; tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcacion de nueva especie ; tomó la mitad de la capa , atóla al mango del báculo, haciendo mástil de éste, y vela de aquélla ; y á favor de un viento fresco que se levantó , hizo en menos de seis horas el viaje de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento , se le abrieron por sí mismas las puertas, que estaban cerradas ; hallóse sin la menor humedad la capa que le habia servido de embarcacion y de vela : y el miedo que tuvo su compañero de fiarse de aquel navio, acreditó tambien la verdad del hecho y de la maravilla.

Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se estendió la fama por todas partes. Creció la estimacion y la veneracion que se tenia del Santo ; el Rey se dió por entendido ; al instante echó de sí aquella cortesana , y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su director.

Vivió todavia algunos años S. Raimundo dedicado á continuos y penosos ejercicios de la caridad. Ni sus viajes, ni los trabajos de las misiones , ni los molestos achaqués le estorbaban el celebrar cada dia el santo sacrificio de la misa. Haciale con tanta devocion , con tanta ternura, que comunmente se decia que no habia convertido á menos pecadores su modestia en el altar, que su fervor en el púlpito. Suplicó á Sto. Tomás de Aquino que escribiese contra los infieles ; y á las instancias de Raimundo debemos lo que el Santo dejó escrito en la suma contra los gentiles. En fin , consumido de trabajos, y colmado de merecimientos murió en Barcelona , tan santamente como habia vivido , el año de 1275, á los noventa y nueve, y cuatro meses de su edad. En su enfermedad le visitaron los Reyes de Castilla y Aragon, y honraron su entierro con su asistencia, juntamente con los Príncipes y Princesas de las dos casas reales, los Prelados y Señores de las dos cortes , acompañados de la nobleza , y del pueblo de

la ciudad. Trecientos veinte y seis años despues de su muerte el Papa Clemente VIII, movido de la devocion de los Reyes, y de los pueblos, y de un gran número de milagros, le canonizó solemnemente el dia 2 de abril del año 1016.

SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

SAN Ildefonso, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia, uno de los mas insignes ornamentos del orden episcopal, y gloria inmortal de su patria, nació en la ciudad de Toledo á principios del siglo VII. Sus padres, Estéban y Lucía, muy distinguidos en aquella capital por su nobleza y riquezas, pero mucho mas por su piedad, vivieron muchos años en su dichoso matrimonio con la pena de no tener sucesion para su consuelo. Recurrieron al Señor, para la consecucion de sus deseos, con fervorosas oraciones y obras de caridad, valiéndose de la intercesion de la Virgen santísima, con la promesa de consagrar á su servicio el fruto, que se dignase Dios concederles. En efecto, oyó el Altísimo con agrado sus peticiones: concibió Lucía, y dió á luz un modelo de perfeccion como Ildefonso, nombre significativo de glorioso. La devota madre, señora de grande mérito, quiso encargarse por sí de su primera educacion, y formarle en la virtud desde sus primeros años; mas como en el niño esperimentó desde luego aquellas nobles disposiciones de naturaleza, y gracia, que no solo facilitan, sino es que allanan el camino de la perfeccion, costóle poco trabajo conseguir el intento. Sin exageracion puede decirse que fué siempre virtuoso, amable por su hermosura, agradable por su condicion, querido por su mansedumbre, estimado por su humildad, distinguiéndose en él, sobre otras recomendables prendas, la compasion para con los pobres, aun en edad poco sensible de las miserias humanas.

Enamorado su tío S. Eugenio (despues tercero Arzobispo de Toledo) de las apreciables cualidades del sobrino, tomó á su cargo instruirle en los primeros rudimentos; y descubriendo en él un ingenio vivo, sólido y penetrante, acompañado de una increíble madurez de juicio, y profunda capacidad para las ciencias, le envió con la mas escesiva recomendacion á S. Isidoro de Sevilla, que florecia por entonces en España, como oráculo de sabiduria, á fin de que aprendiese en su escuela las letras humanas y divinas; siguiendo la práctica de muchos personajes del reino, que para el mismo efecto dirigian sus hijos al seminario de enseñanza pública, que habia erigido en Sevilla aquel sabio é ingeniosísimo maestro. Recibido por S. Isidoro con las demos-



S. ILDEFONSO.